



*Campo abierto*



K  
E  
M  
Y  
O  
Y  
A  
R  
Z  
Ú  
N



# Géneros referenciales: identidad y comunidad<sup>1</sup>

Leonidas Morales T.<sup>2</sup>

En la década de 1960, en las universidades chilenas donde se enseñaba y estudiaba la literatura, los géneros del discurso estaban todavía sometidos a un paradigma teórico que no sólo los distinguía como clases de discurso, sino que también introducía jerarquizaciones entre ellos. Quienes éramos estudiantes de literatura en la universidad de esos años no esperábamos, por ejemplo, que la malla curricular incluyera un curso sobre diario íntimo, o sobre la carta, o la autobiografía. Ni los estudiantes ni los profesores contemplaban semejante posibilidad. La literatura propiamente tal, la digna de enseñarse e investigarse en el medio académico, se identificaba de manera excluyente con los géneros de ficción: novelas, poemas, dramas. En una clase o en un texto crítico en torno a obras literarias “de verdad”, los géneros no ficcionales sólo tenían derecho a figurar como fuentes de información complementaria.

Dentro de ese marco discriminador y jerarquizador, la práctica de los estudios literarios, vía enseñanza o investigación, se daba sin embargo articulada a un corpus de conceptos teóricos y operativos mucho menos rígido, mucho más abierto e inclusivo. Era un corpus donde convivían modelos conceptuales provenientes de variados frentes: desde modelos que venían de la lingüística saussuriana, de las investigaciones desarrolladas dentro de los grupos del formalismo ruso (las de Roman Jakobson entre ellas), de los trabajos de la “nueva crítica” en lengua inglesa (como los de Wellek y Warren), hasta los seductores modelos ofrecidos por la antropología de Claude Lévi-Strauss y por el pensamiento marxista contemporáneo (el de Lukacs, el de Sartre, el de Goldman). Es decir, el texto literario-ficcional, cualquiera fuese su género específico, podía ser sometido a una lectura que privilegiara sus “estructuras” internas (“intrínsecas”, se decía igualmente), o, también, a otra lectura que buscara en la ficción las formas literarias de una iluminación del mundo histórico,

tensionando así las relaciones del texto ficcional con el mundo social. Esta libertad teórica y crítica de los estudios literarios en las universidades chilenas de la década de 1960, duró hasta 1973, es decir, hasta el Golpe Militar.

En efecto, durante la larga dictadura que el Golpe militar inaugura, los estudios literarios en las universidades chilenas prolongan sin modificaciones el mismo paradigma teórico discriminador y jerarquizador de los géneros del discurso. En otras palabras, seguían siendo los géneros de ficción los digno de enseñarse e investigarse como literatura. Pero con una diferencia sustancial: se termina con la libertad para optar por tal o cual de los modelos conceptuales que estaban hasta entonces disponibles, y los estudios literarios comienzan a recluirse en el interior de modelos conceptuales “estructuralistas”. A recluirse y a asfixiarse, porque se trataba de un estructuralismo aséptico, formalista en el peor sentido. Al margen de que algunos lo asumieran con gusto y otros de modo más bien forzado, se trataba, en cualquier caso, de modelos funcionales a la ideología de la dictadura, o que proporcionaban una cobertura dentro de una sociedad cautiva, recorrida por el miedo, censurada y autocensurada. Las consecuencias fueron una enseñanza y una investigación desvitalizadas, de escasa o nula importancia como producción de sentido crítico.

La situación descrita se mantiene hasta el fin de la dictadura en 1989 y el inicio de ese extraño período que, con no poco humor negro, se ha llamado “transición a la democracia”. A lo largo de la década de 1990 se produce efectivamente un cambio drástico en el paradigma teórico de los estudios literarios: los géneros discursivos hasta entonces excluidos como objetos legítimos de la enseñanza y la investigación literarias en los espacios académicos, o sea, los géneros de no ficción, o “referenciales” como prefiero llamarlos, en vez de “menores” (el término usado por Deleuze y Guattari, que introduce en español una connotación despectiva), comienzan de pronto a ingresar como temas de cursos y seminarios, de investigaciones y publicaciones. Pero el cambio no lo precipitaron los profesores que venían de los tiempos de la dictadura, sino que se originó en la gestión de profesores que habían “retornado” al país después de años de exilio, algunos en Europa, o en Estados Unidos, o en otros países latinoamericanos, que mantuvieron un contacto vivo con el

desarrollo de la literatura y el pensamiento modernos, y que volvieron con percepciones o miradas, diversas en cada caso, pero que respondían a las nuevas condiciones sociales, políticas y culturales que, desde la década del 80, empezaban a generalizarse en el mundo, es decir, esas a las que nos referimos en términos de globalización o posmodernidad.

Soy uno de esos retornados. Y creo haber sido el primero, desde la Universidad de Chile y desde la primera mitad de la década de 1990, en abrir el paradigma teórico heredado dando cursos de pre y postgrado, o dirigiendo tesis, o publicando ensayos y libros sobre los géneros excluidos del campo de la literatura por su índole no ficticia, específicamente sobre géneros como la carta, el diario íntimo, la autobiografía, legitimando su condición de géneros auténticamente “literarios”. Las autoras de tres de los ensayos incluidos en el libro que estamos presentando han sido precisamente alumnas mías en el postgrado de la Universidad de Chile (Patricia Espinoza, Lorena Amaro, Francisca Lange). Agrego un detalle vinculante con una palabra del título del libro editado por Lorena, la palabra “intimidad”: en 1995, en el prólogo a mi edición crítica del Diario íntimo de Luis Oyarzún, me refería a géneros como el diario íntimo, la carta y la autobiografía llamándolos justamente “géneros de la intimidad”. Ahora bien, e insistiendo en el cambio mencionado, la apertura del paradigma teórico operado desde la Universidad de Chile adquiriría pronto, en esa misma Universidad, mayor fuerza y arraigo (en la medida en que se dispondrá de un soporte institucional) con el trabajo de Kemy Oyarzún, que concluye en la creación del Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina, y con el trabajo paralelo de Grinor Rojo, que concluye a su vez en la creación del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos.

El libro editado por Lorena Amaro, si lo leemos desde una perspectiva chilena, y más allá de que algunos de sus colaboradores hayan venido de otros países, se inscribe pues en el horizonte de los estudios literarios tal como acabo de reseñarlo a través de sus peripecias desde la década de 1960. Pero algo más quiero aún precisar. Dentro de ese horizonte, este libro, *Estéticas de la intimidad*, representa, a mi modo de ver, un acontecimiento que necesita destacarse: en Chile, y dentro del universo de los géneros “referenciales”, es el primer libro de autoría colectiva dedicado enteramente al estudio del grupo de géneros asociados a

la “intimidad” de un sujeto enunciante, que también suele ser la intimidad de una “memoria”, es decir, la intimidad de un sujeto que se enuncia a sí mismo como figura de un tiempo biográfico e histórico.

¿Sobre qué ejes críticos articular una presentación del libro *Estéticas de la intimidad*, una presentación que se atenga a una economía de escasez y que, además, sea útil para quien tenga que leerla? Esa fue por supuesto mi pregunta inicial. Y entonces pensé en dos ejes posibles. Uno, el que acabo de poner a la vista, es decir: proyectar este libro sobre la historia de los estudios literarios chilenos de las últimas décadas, para fijar dentro de esa historia aquellos aspectos que parecen ser parte de sus supuestos, o de sus condicionantes desde el punto de vista del paradigma teórico. El segundo eje crítico de mi presentación, en el que voy a detenerme a continuación, al revés del primero, retira el libro que presentamos de los límites estrictos de una historia local y lo abre en cambio a un horizonte histórico más vasto e inclusivo, el de nuestros tiempos globalizados o posmodernos, tan llenos de pulsiones que terminan derribándose sobre sí mismas, que no son todavía las pulsiones de un futuro que no dé por cerrada, peor aún, por “realizada”, la esperanza de un enriquecimiento de nuestro destino propiamente humano. Se trata de un pliegue específico, pero fundamental, de ese horizonte histórico globalizado como horizonte de sentido. Un pliegue implicado en todo el libro que presentamos, en cada uno de los textos que lo constituyen. Implicado: comprometido en silencio. Pero en este caso hablo de un silencio como condición de posibilidad, sin el cual los textos mismos no habrían podido hablar: existir.

Sin desmentir lo afirmado acerca de esa implicación general, metodológicamente sin embargo me aprovecharé, para partir, de uno de esos textos en particular. La razón: hay en él unas preguntas que me sirven para entrar al pliegue del horizonte implícito anunciado. Es el texto de Leonor Arfuch, “Intimo, privado, biográfico: espacios del yo en la cultura contemporánea”. Con cierta perplejidad por el hecho de encontrarse ante una verdadera avalancha de escrituras y lecturas en torno al yo y su intimidad, una de las marcas distintivas de nuestra modernidad “tardía”, de nuestra contemporaneidad “cultural”, Arfuch se pregunta: “¿Qué pasión anima, desde la autoría, al develamiento, a “la aparición”, tangible o intangible, como diría Hannah Arendt, de

esas huellas del yo: escrituras, imágenes, objetos, atmósferas? ¿A qué obedece, desde la recepción, tal obsesión por las vidas de los otros, por las historias singulares, las vivencias, los rasgos de la persona –en política, ya más importantes que las plataformas o las pautas programáticas? ¿Por qué el cuerpo, la voz, la palabra “propia” –ese imaginario de la “presencia”–, conservan todavía su aura de autenticidad, a pesar de tantas mediaciones?”

A estas preguntas quisiera agregar un hecho, también contemporáneo, observado dentro de un campo de reflexión vecino, el de la sociología. En uno de sus últimos libros, Zygmunt Bauman<sup>3</sup> llamaba la atención del lector acerca de la repentina abundancia de publicaciones sobre el tema de la “comunidad”, y señalaba la década de 1980 como frontera. Conocemos muchos de los nombres de los autores de esas publicaciones, cuyas prácticas profesionales cubren un vasto territorio, desde la filosofía a la historiografía, pasando por la sociología y la antropología. Entre quienes han escrito y publicado sobre el tema de la comunidad, nos son familiares, por ejemplo, los nombres de Benedict Anderson, Jean-Luc Nancy, Maurice Blanchot, Giorgio Agamben.

¿Qué relación habría entre las preguntas de Arfuch y el hecho observado por Bauman, es decir, entre, por una parte, la “pasión” por las escrituras y lecturas del yo, de su intimidad, de su cuerpo, de su identidad, y, por otra, la proliferación discursiva sobre la temática de la comunidad? Intentaré una respuesta. Por lo pronto, una constatación obvia: si esa pasión y esta proliferación han podido darse, no es desde luego gracias a un azar, sino, para empezar, gracias a una repentina puesta en visibilidad tanto del yo (del sujeto) como de la comunidad en cuanto objetos de esa inusitada producción de escritura. Ahora bien, con algunos ensayos de Walter Benjamin, escritos en la década de 1930, hemos aprendido que las cosas no se dejan ver en cualquier momento, porque sí, caprichosamente. No. Por el contrario, existe lo que podríamos llamar, siguiendo la reflexión benjaminiana, condiciones de visibilidad de las cosas. ¿Cuáles serían? Las cosas, en el mundo moderno, en la historia de la modernidad, sólo se dejan ver de verdad, plenamente, incitadora, nostálgica o inquietantemente, cuando comienzan a retirarse del escenario histórico, no por sí mismas sino expulsadas por la “maquina” moderna, en otras palabras, por la máquina de la mercancía, de su lógica y su cultura. Es largo el listado de las cosas que han

emprendido su retirada, y dejándose ver en el momento de su caso, de su pérdida. El mismo Benjamin habló del “aura” y de la “experiencia”<sup>4</sup>. Más tarde, ya en los tiempos de la globalización, Foucault hablará de la pérdida de la locura “como imagen viva de la razón”, retirada de la cotidianeidad y encerrada en los psiquiátricos<sup>5</sup>, y Baudrillard, a su vez, nos dirá que el sexo, como domicilio del erotismo, de la “seducción”, ha iniciado también el camino de su pérdida, de su desaparición<sup>6</sup>.

En nuestro caso, estamos ante fenómenos de visibilidad similar, pero sin duda más extrema todavía. La globalización de la mercancía y su imperio ha terminado por barrer, o poner en cuarentena, o condenar por anticipado, las sobrevivencias comunitarias, acelerando incluso el proceso de desintegración de ese simulacro burgués de comunidad, de origen decimonónico, que fue la “nación” como “comunidad imaginada”. No es casual pues que los estudios culturales en nuestras universidades, *desde su formato estadounidense*, hayan puesto de moda, incluso a nivel ya de jerga, el prefijo “post”, desde luego el de la “post-nación”. Como vimos, el mismo proceso de la globalización ha llevado, simultáneamente, a un extremo de visibilidad otras pérdidas en otras zonas de la realidad cultural actual. Pero aparte de las ya citadas, nos interesa aquí la que ponen en escena los textos del libro que presentamos, *Estéticas de la intimidad*. Es la zona del sujeto. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué la “pasión” por las escrituras del yo, de su intimidad, de su identidad? O también, ¿por qué esta extrema y repentina visibilidad del sujeto y su yo para esas escrituras? Es que el sujeto también se nos va. Sin comunidad donde inscribirse, sin historia que lo ponga en juego como figura del tiempo, sin utopía que lo invite a apostarse o a arriesgarse, y sin el erotismo que pueda glorificar su cuerpo, el sujeto, su yo, su identidad, pierden las condiciones de su existencia. Se retiran pues.

Pero no diría que las escrituras del yo y su intimidad, o sobre el yo y sobre su intimidad, sean sólo testimonios de una pérdida. Creo que las mejores de estas escrituras, y me gusta pensar que el libro *Estéticas de la intimidad* transita de alguna manera en esta dirección, son un gesto de resistencia y, también, elaboraciones que pueden hablar de otro tiempo, de uno por venir, de uno que *necesitamos* con urgencia, de uno que reinstale una esperanza. En 1952, Violeta Parra decía: “El folklor es un cadáver”. Pero no se limitó a dar testimonio de una desaparición. Con las formas, los

materiales, los ritmos y colores de ese cadáver, armó una propuesta musical y poética que sigue viva, desgarradamente, sí, pero también esperanzadoramente. ¿Acaso no podría ser Violeta Parra un modelo para nuestra reflexión en torno a las escrituras del yo, del sujeto, de su memoria, de su identidad?

## Notas

- 1 El siguiente texto fue leído el 18 de noviembre de 2009, en el Instituto de Estética de la Universidad Católica de Chile, Santiago, como parte de la presentación del libro *Estéticas de la intimidad*, editado por Lorena Amaro (Santiago, LOM Ediciones, 2009).
- 2 Doctorado en Filosofía con mención en literatura. Profesor de literatura chilena e hispanoamericana en universidades de Chile, Estados Unidos y Venezuela; enseña actualmente en la Universidad de Chile.
- 3 Zygmunt Bauman, *Comunidad. En busca de seguridad en un mundo hostil*. Traducción de Jesús Alborés. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2008 (3ª ed.).
- 4 Ver Walter Benjamin, "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica" y "Experiencia y pobreza", en *Discursos interrumpidos I*. Traducción de Jesús Aguirre. Buenos Aires: Taurus, 1989.
- 5 Michel Foucault. "La locura, la ausencia de obra", en *Entre filosofía y literatura*. Traducción de Miguel Morey. Barcelona: Ediciones Paidós, 1999.
- 6 Jean Baudrillard. *De la seducción*. Traducción de Elena Benarroch. Madrid: Ediciones Cátedra, 1994 (6ª ed.).